

MORS JANUA VITAE

En las profundidades del otoño, cuando los rayos solares recortan los atardeceres y los árboles van desnudando sus ramas, llega la visita a los camposantos, el encuentro con la muerte, ese país desconocido del que no vuelve ningún viajero, en palabras de **Shakespeare**. Silenciada, ocultada, vedada y escondida, simulada y encubierta, queremos vivir ajenos a la muerte, ese prejuicio para los Dioses como la definiese **Nietzsche**, como si no fuese una realidad que nos aborda y nos espera. Nos aferramos a la longevidad media, a la esperanza de vida de las estadísticas, a los avances científicos y médicos para prolongar una existencia, débil y frágil, en definitiva. Occidente cree que la vida es corta, que nos acercamos inexorablemente al final, y ello nos produce tensión, ansiedad y angustia. Para los orientales, la muerte no es sino un cambio de forma, el climax o culminación de un ser que no se acaba. Hinduistas y budistas plantean la reencarnación del ser que va llevando a la liberación del alma. Los cristianos, albergamos la promesa de la resurrección, comprometida en la palabras del propio **Jesús de Nazaret** “te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso”. Y en los países del tercer y cuarto mundo, la muerte es una compañera cotidiana que está en todos los paisajes y en el fondo de esos ojos grandes y oscuros que nos miran, en definitiva “muchos tragos es la vida y uno sólo la muerte” nos diría **Miguel Hernández**.

Sin embargo, vivimos en la contradicción de un materialismo que nos lleva a multiplicar los servicios y productos funerarios, la cuota de mercado, y paradójicamente de otro lado, la presencia y admisión de la muerte está ausente del diálogo social. ¿Cómo encontrar sentido a la vida prescindiendo de la muerte?

Mors janua vitae, la muerte es la puerta de la vida, reza el viejo adagio latino. Y es verdad, que la vida recobra sentido en cuanto se nos revela como un tránsito, nos dice el filósofo argentino **Jorge Bucay**. Un camino que sólo tiene sentido en la búsqueda de la felicidad, en el encuentro generoso y fecundo con el otro. Ojalá podamos irnos ligeros de equipaje como sugería el poeta sevillano, con las mismas palabras del genio **Albert Einstein** antes de expirar, “ya he cumplido mi misión aquí”.

Francisco García-Calabrés Cobo